

ASPECTOS COLOQUIALES EN LA NARRATIVA DE ALONSO ZAMORA VICENTE

Salvador GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ
Universidad de León

1. Introducción

1.1. Lenguaje coloquial

Al acercarse a la creación literaria de don Alonso Zamora Vicente nunca deja de sorprender su decidida vocación de coloquialidad, su preocupación por reflejar la forma de comunicarse en el diálogo espontáneo en situaciones de informalidad. El fino oído que supo desarrollar como dialectólogo no se detuvo en la frontera de los fonemas, de las sílabas ni siquiera de las palabras. Pocos autores han sabido cultivar como Zamora Vicente ese extraño don de saber escuchar los melismas musicales del lenguaje oral, su fraseología y sus estructuras. Esa rara cualidad de saber separarse de la sustancia del contenido para detenerse a observar el medio, la estructura, la propia trama del mensaje.

D. Alonso muestra línea a línea que en el fondo de la cóclea ha sabido anotar y memorizar las modulaciones, los giros, las expresiones, las interrupciones, la toma de turnos, las suspensiones, las metátesis y focalizaciones del código oral en lo que algunos autores han denominado la situación canónica de la comunicación. Es el contexto primigenio en el que dos interlocutores se encuentran cara a cara en un mismo lugar y tiempo intercambiando mensajes de forma espontánea.

No todo es, sin embargo, traslación del bloc de notas a la cuartilla. Junto a la evidente e indispensable indagación y pesquisa de los caracteres de la coloquialidad, hallamos una voluntad literaria que eleva sus relatos desde el pedestre discurrir de nuestras conversaciones a la finura de una pieza literaria. Todo gran escritor busca su propia voz, su propio estilo, su propio lenguaje. Se puede decir que el literato no logra ser reconocido como tal en tanto sus destinatarios, el público lector, no logre identificar e identificarse con ese artificio que subyace a su forma de contar. Es ese estilo que reconocemos también en todas las artes. Es ese estilo que atrae y, a la vez, atrapa a los neófitos. Es esa voz que sólo los escritores privilegiados alcanzan tras muchas tentativas y esfuerzos.

Zamora Vicente no es un escritor ocasional y esporádico de relatos breves. No es un lingüista que, cansado de la frialdad y de la aridez del lenguaje técnico, se refugia de cuando en

cuando, por simple di-versión, en incursiones creativas. Nuestro autor acredita una dilatada vocación literaria que cristaliza en un número considerable de publicaciones que ha venido sembrando con una cadencia regular a lo largo de muchos años. Otra cualidad merece ser destacada: su fidelidad al género (el relato breve) y al estilo. Son dos rasgos que enhebran, cual *filum* genético, sus relatos desde el inicio hasta el presente. La alta concentración de sabor y de verosimilitud dialógicos en su forma de decir y de contar explica su presencia en las antologías de textos coloquiales.

1.2. Cuentos con gusano dentro

En este trabajo realizaremos una breve cala en uno de sus últimos libros de relatos: *Cuentos con gusano dentro*. En el prólogo, que titula «Buscar un título a un libro», lo sitúa dentro de los parámetros de coloquialidad y de actualidad que venimos describiendo. Lo caracteriza como «un libro ingenuo, con patente aversión al habla con mayúsculas» (pág. 5). Hace referencia incluso a los reproches que ha recibido por sus pretensiones de reflejar el habla de la calle y alejarse del español de corbata y pajarita: «Algunos lectores se me han quejado, y lo han escrito en muy elevadas circunstancias que mis páginas son tercamente iliterarias» (pág. 6). Sin embargo, no lo ve como un capricho, sino como un intento de adecuarse a las nuevas circunstancias, a un nuevo lenguaje literario propio de nuestro tiempo: «Cervantes, los románticos, Galdós, Azorín, Valle, unos buenos muchachos que lo hicieron requetebién. Pero nuestros problemas y nuestros horizontes son muy diferentes. No nos vale lo de otros. Hablamos con equivocaciones, con caprichosa sintaxis, con silencios, a borbotones, astillando las frases cada dos por tres» (pág. 7).

2. Caracteres del lenguaje coloquial

2.1. Adecuación a la oralidad

¿Se adaptan los relatos de Zamora Vicente a los ideales que persigue? ¿Escribe como habla o, al menos, como se habla? ¿Reflejan sus páginas los rasgos que definen ese tipo de manifestaciones lingüísticas o más bien nos hallamos en uno de los conocidos procesos de mimesis literaria? Para responder a estas cuestiones es necesario compararlo con descripciones objetivas del modelo que se imita. Por tratarse de un registro alejado del modelo normativo que imperó a lo largo de los siglos y, a la vez, por el alejamiento de la lingüística tradicional frente a la expresión oral, este lenguaje de alpargata y camiseta no mereció la atención de los estudiosos. Por fortuna, durante estos últimos años la situación se ha modificado profundamente. Han aparecido nuevas disciplinas (Análisis del Discurso, Análisis de la Conversación), se multiplican los estudios y los investigadores, surgen revistas monográficas, se celebran congresos y coloquios —permítasenos la redundancia— sobre lo coloquial. Como consecuencia, conocemos mejor sus entretelas: su armadura, sus unidades, sus relaciones, sus principios y leyes.

2.2. Lenguaje coloquial

Bajo esta expresión nos referimos a un registro que agrupa todas las manifestaciones discursivas marcadas por la naturalidad del diálogo en una situación de espontaneidad. Insisten los autores desde el excelente artículo de M. Seco (1973) en combatir la frecuente confusión entre los términos *coloquial* y *popular*; así como entre las expresiones *coloquial* y *conversacional*.

El *habla coloquial* es un registro determinado por la situación, mientras que el *habla conversacional* es un tipo de discurso.

Destaca A. Briz (1996: 30-31) los siguientes hechos como *condiciones situacionales* que favorecen el habla coloquial:

- la *relación de igualdad* entre los interlocutores: «ya sea social (determinada por el estrato sociocultural, la profesión, etc.) o funcional (el papel que poseen en una situación)» (*Id.*: 30-31). La relación de igualdad favorece la comunicación en este registro.
- la *relación vivencial* de proximidad. Esto crea un conocimiento mutuo y el dominio de un amplio bagaje de saberes mundanos que favorecen la espontaneidad en la conversación, la flexibilidad temática y la preeminencia de lo implícito.
- el *marco discursivo familiar*: «determinado por la relación concreta de los participantes con el espacio o lugar» (*Id.*: 31);
- la *temática no especializada*: refleja la cotidianeidad de los diálogos espontáneos.

La ambientación narrativa de Zamora Vicente responde de forma exacta a estas condiciones. En la obra que analizamos, *Cuentos con gusano dentro*, el locutor o autor crea unos personajes ubicados en un escenario que es el de su entorno vital más cercano (San Sebastián de los Reyes). Muestra predilección por las figuras femeninas, amas de casa, con las que se cruza por la calle, a las que oye hablar en las paradas del autobús, en la tienda, etc. A veces entran en escena niños y jóvenes de su entorno familiar con los que conversa. La relación dialogal se establece de igual a igual. Aun en aquellos casos en los que el diálogo se entabla entre personas mayores y jóvenes existe un latente pacto de igualdad y de aproximación que se observa hasta en el lenguaje. Esas amas de casa conversan desde una relación vivencial de proximidad acerca de problemas cotidianos y perentorios, a veces esenciales y profundos, pero tratados con el grueso pincel de la *doxa*, y no con el fino bisturí de la *episteme* científica.

2.3. Rasgos primarios

Resumía A. Briz los rasgos que caracterizan el habla coloquial en tres apartados (Briz, 1996: 31):

- la *ausencia de planificación* o planificación sobre la marcha.
- la *finalidad interpersonal* (la comunicación por la comunicación)
- el *tono informal*, que es, en suma, el resultado de todos los rasgos mencionados y que, a la postre, sirve también para nombrar también el registro coloquial

a) *Ausencia de planificación*. Al hablar de planificación coloquial en un texto escrito debemos diferenciar la organización seguida por el autor de aquella que representa el mundo y las conversaciones de los personajes. El autor culto que es Zamora Vicente actúa como demiurgo dominador de las estructuras creativas que sigue una reglas de la arquitectura literaria desde la selección de temas hasta la *dispositio* y la *elocutio*. Sin embargo, sabe ocultar los hilos de la tramoya y hacer que los personajes hablen siguiendo un programa mimético con las pautas del coloquio. Las amas de casa que pueblan estos relatos inician sus conversaciones sin aparente planificación alguna: hablan de lo que surge y va saliendo, se pierden a veces por las ramas.

b) *Finalidad interpersonal*. El coloquio espontáneo no suele estar guiado por fines pragmáticos y hallarse ceñido a temas de importancia. La mayor parte de nuestros discursos se resuelve en un simple «pegar la hebra», en un «hablar por hablar», lo que no es sinónimo de inutilidad. Este lenguaje en el que los personajes de Zamora Vicente lo mismo hablan del tiempo, de los achaques, de los nietos, de los fantasmas o de ese extraño vecino catedrático jubilado y académico al que miran con recelo es sólo en apariencia vacío. Las dimensiones expresiva del

lenguaje (hablar y ser escuchado) adquieren una importancia psicológica de gran calado. Por otra parte, el lenguaje es el cimiento de las relaciones interpersonales y se logra mantener, casi siempre, a través de la intercomunicación. Por eso, en muchas ocasiones el tono reflejado en su discurso es completamente informal y rara vez persigue fines que trascienden el mero hecho de la comunicación por la comunicación.

c) *Tono informal*. Es el reflejo de las características anteriores. Los hablantes, en situación de cotidianidad, entre interlocutores conocidos, en ambiente de confianza, se expresa en un tono informal, familiar, no marcado. Toda obra que trate de conjugar ambiente coloquial y aspiraciones literarias se mueve en una cuerda que refleja la tensión entre dos contrarios. Por un lado, la naturalidad expresiva y relajada de la conversación; por el otro, la voluntad de estilo, la necesidad de sacudir, de sorprender, de admirar, de captar... al lector, hecho que sólo se consigue separándose, distanciándose de lo neutro. Zamora Vicente intenta conjugar lo que le es propio al diálogo espontáneo con una voluntad literaria. ¿Cómo? Por dos caminos. En primer lugar, evita que su narración refleje lo desmañado, el descuido, las interrupciones... y demás fenómenos que observamos en las transcripciones de textos orales. Por el otro, intensifica, a veces con hiperbólica insistencia, las propiedades del lenguaje coloquial. En cada vuelta de línea nos sorprende una palabra, una expresión, un giro, una exclamación, un vocativo... con una mayor cadencia de la prevista en el coloquio. Se alcanza la formalidad literaria a través de una multiplicación de rasgos de oralidad.

2.4. *Rasgos conversacionales*

Aunque también existen intercambios lingüísticos marcados por la formalidad, la conversación, la manifestación prototípica del habla coloquial, se caracteriza por tratarse de:

- una *interlocución en presencia* (coincidencia en el espacio, comunicación cara a cara)
- *inmediata* (coincidencia en el tiempo).
- con *toma de turno no predeterminada* (a diferencia de lo que ocurre en reuniones formales y planificadas);
- *dinámica*, con alternancia de turnos inmediata...
- *cooperativa* en relación con el tema de conversación y la intervención del otro» (cf. *Id.*: 32).

Los relatos coloquiales de Zamora Vicente se concretan en interlocuciones presenciales, de carácter inmediato, dinámico, en las que los personajes toman el turno de una forma no preestablecida y que, en líneas generales, respetan los principios de cooperación y de cortesía que sustentan la conversación.

2.5. *Coloquial oral/coloquial escrito*

Aunque, en principio, la lengua escrita es una transcodificación de la lengua hablada, lo cierto es que la particular situación comunicativa en que se utiliza (fuera de la situación canónica en la que emisor y receptor coinciden en un mismo espacio y tiempo interlocutivo), el tono de lengua que se emplea (de carácter formal), los fines a los que se destinan los escritos (literarios, jurídicos, administrativos, ensayísticos, religiosos...) hacen que la separación entre los dos tipos de manifestaciones sea profunda.

A lo largo de la historia no han faltado propuestas de lo que podemos denominar un *ideal de adecuación*, que funcionó en uno y otro sentido. El magisterio didáctico de los dómines siempre tomó como modelo del «bien hablar» (el *recte loquendi* de Nebrija) el lenguaje escrito de los

escritores consagrados. Pero también hallamos una larga tradición del movimiento contrario. Aunque hubo momentos literarios en el que los pastores hablaban como los príncipes y cortesanos, el sacrosanto *principio de verosimilitud* generó en sainetistas, dramaturgos y, posteriormente, en narradores un intento de adecuar el lenguaje de los personajes menos privilegiados a las formas de expresión coloquial, vulgar, e incluso dialectal. Era el ideal que había cristalizado en la conocida fórmula de Juan de Valdés: «Escribo como hablo». A esta tradición narrativa se suma Alonso Zamora Vicente.

Al igual que ocurre en el análisis de otras facetas de la escritura de ficción, debemos aquí diferenciar dos planos: lo *verdadero* y lo *verosímil*. Cuando leemos pasajes en los que el escritor incluye diálogos dialectales o coloquiales, el lector, sujeto al pacto de verosimilitud que «ha firmado» desde el inicio, no se pregunta si esos enunciados responden a una forma real de hablar o simplemente lo parecen.

Existen dos tipos de manifestaciones escritas del llamado lenguaje coloquial: las transcripciones y las recreaciones literarias. Las primeras se realizan a partir de grabaciones, escuchadas de forma detenida y reiterada con el fin de que no se pierda ningún detalle. Están guiadas por un espíritu próximo a las transcripciones fonéticas o transcripciones estrechas. En ellas aparecen los alargamientos, las superposiciones, las entonaciones, la duración de las pausas, etc. En las narraciones coloquiales, guiadas por las convenciones ortográficas de carácter estándar, todos estos aspectos quedan preteridos. Veamos como un ejemplo un breve texto tomado de Briz (1998: 54):

C3: yy luego he estao fumando hastaa hacee dos años o así↑ / peroo no— no me gustaba nadaa/ así paraa/ yo de pequeño había tenidooo/bronquitis/ y cosas de ese tipo/ y ahora to(d)avía/mm— cada poco tengo la garganta↑ o dee y entonces lo del fumar era→/ era una/era una pesadez.

La imitación literaria de lo coloquial, además de guiarse por las convenciones ortográficas, se atiene también a convenciones de escritura. Elimina muchos aspectos innecesarios: repeticiones, vacilaciones, alargamientos, cambios de rumbo, etc. Ello hace que la escritura, intentando respetar las esencias de lo coloquial, no entorpezca el proceso de la lectura. El texto anterior podría quedar así:

C3: y luego he estao fumando hasta hace dos años o así, pero no me gustaba nada. Así, yo de pequeño había tenido bronquitis y cosas de ese tipo, y ahora todavía cada poco tengo la garganta... y entonces lo del fumar era una... era una pesadez.

Los relatos de Zamora Vicente adoptan, claro está, las convenciones tanto de ortografía como de redacción de la escritura estándar. La adecuación a los caracteres de la coloquialidad ha de lograrse no tanto en el nivel fónico como en rasgos de orden morfológico, léxico y sintáctico. Nosotros nos detendremos especialmente en los rasgos sintagmáticos, es decir, de naturaleza combinatoria.

3. El texto

«Un fantasma modosito». En este relato extraído de *Cuentos con gusano dentro*, dos mujeres de edad madura, viudas las dos, conversan sobre el tema de las apariciones de los seres difuntos a los mortales. Damiana, viuda de Agapito Vinagre Seisdedos, quiere convencer a Úrsula de que su difunto marido se le aparece todos los días por las noches para pedirle que restituya a los familiares aquellos bienes que les ha usurpado en vida. Úrsula intenta rebatir a Damiana desde una posición incrédula e irónica. La estructura del cuento presenta carácter dialogal. Las marcas del diálogo son diferentes de las convencionales. El escritor no sitúa las

intervenciones con punto y aparte tras la esperada raya. Se limita a colocar cada una de las intervenciones entre comillas simples. Este hecho, que posee funciones estilísticas, llega a confundir al autor mismo, como veremos más adelante. Del relato sólo elegimos un fragmento, pues lo consideramos suficiente para mostrar los rasgos de la dimensión coloquial en Alonso Zamora Vicente. Para mayor comodidad en la lectura y mayor claridad en las referencias del comentario colocamos entre corchetes la referencia a la hablante y el número de su intervención (D=Damiana; U=Úrsula):

[D1] ‘¿No viste ayer la tele, Ursulita...? ¡Lo que te perdiste! ¡Hay apariciones del otro mundo por todas partes! ¡A barullo, mi hijita, a barullo...! ¡El mundo se acaba, a ver si no!’ [U1] ‘¡Se acabará el otro mundo, y por eso vienen aquí, a pasear por nuestras tierras...! Como emigrantes de esos que traen los periódicos...! ¡Ay, Damiana, que te caes de la higuera...! ¡Apariciones a mí...!’ [D2] ‘¡No digas, Úrsula, no digas...! ¡Impone! Vamos que si impone. ¡Suponte que vas tan descuidada por el pasillo de tu casa y, de pronto, ahí, parado delante de ti, un espíritu de tamaño natural...! ¡Se me pone la piel de carne de gallina! ¡Eso debería estar castigado con muchos años de cárcel, eso es...! ¡Sobre todo si se plantifica a medio vestir, o, vete a ver tú, a lo mejor en cueros vivos, en pelota del todo...’ [U2] ‘¡Calla, no disparates! ¿Cómo van a meter en chirona a tipos que se filtran por las paredes y que pueden estar en todas partes a la vez...? ¡Estás tú buena! ¡Y que no disfrutan de zorrerías ni nada que digamos...! Zorrerías y gramática parda, que no es moco de pavo. En primer lugar, que hay aparecidos y aparecidos. Figúrate tú, yo misma, aquí, donde me ves tan pancha, pues que ya va para un mes que viene a verme Agapito, y... Bueno, ¿y qué? Pues aquí estoy erre que erre, y, bien lo sabe Dios, me importa un pito que vuelva, si es que se empecina en seguir remaneciendo...’ [D3] ‘Pero, ¿qué dices? ¿Agapito, tu...?’ [U3] ‘El mismo, sí, mujer, mi Agapito Vinagre Seisdedos, mi difunto marido, liquidado de pulmonía doble en pleno agosto, a los treinta y dos años, ya ves, ni siquiera tuvo la decencia de esperar a los treinta y tres, como Nuestro Señor de la Expiración, y eso que era mayordomo de la cofradía... ¡Un desconsiderado, Damiana, de siempre un desconsiderado! ¿Y sabes por qué esa fea precipitación por diñarla...? Pues por moler, ea, por jorobar, ya está. ¡Como él tiene todo resuelto ya...! Y que no trae ganas de hablar, cómo te lo diré... Algún día le van a oír los vecinos y no veas la que se va a armar. ¡No quiero ni pensarlo...!’ [D4] ‘¡Úrsula, cómo te atreves a hablar a así, como si eso fuera lo más natural del mundo...! ¡Yo me encierro en mi casa y ahí te quedas, mundo amargo...! ¡Quita, quita, por Dios...! ¡Serás capaz de recibirle y todo, y hasta de ofrecerle una copichuela de anís con bizcochos, como a las visitas empingorotadas...! ¡Eres muy capaz de devolverle al otro barrio trompeto perdido! ¡Tú has sido siempre una irresponsable! Figúrate que, calamocano, se pierde en la escalera y se mete en otro piso... ¡Al mío, que ni se le ocurra, que, del primer torniscón, le desfantasmato...! ¡Yo soy una chica decente...! ¡Hasta ahí podíamos llegar...!’ [U4] ‘¡Alto, Damiana, alto...! Agapito no es taan... Tan tantan como tú lo pintas. Es un ejemplar pacífico, de buenas maneras. Se presenta poco después de la media noche y se sienta a los pies de la cama. Aparente muy bien puesto, peinado, afeitado, con el camisón blanco que empleaba en las fiestas, uno que le hice yo, con un canesú por aquí, que le hacía más largo el cuello, que él, de suyo, lo tenía algo congestionado, vamos, sí, pestorejudo... ¡Entiéndeme, igualito que las personas poco inteligentes...!’ [D5] ‘¡Jesús, Jesús, con el camisón

blanco, igual que estaba cuando...! ¡Lo recuerdo como si lo estuviera viendo...!’ [U5] ‘¡Claro, Damiana, claro, como estaba el día del entierro, pachasco...! ¡Mi Agapito fue siempre una persona muy agradecida! Otra cosa no tendría, pero agradecido... ¡A dejárselo sobrado...! Acuérdate: estaba tan contento con el camión que le hice, que, en prueba de cariño y fidelidad, pidió que se lo pusiéramos en la mortaja. ¡Querría estar en el otro mundo con algo de su Ursulita del alma y del corazón...! ¡Fachendoso que era...! Pues, ahora, escucha: Agapito surge, se sienta, tan atento siempre, saluda, pregunta por cosas del pueblo, me pone los cumplidos, pregunta por la familia sin dejarse a nadie... Yo no contesto a nada, no se vaya a asustar o a enfadar si oye algo que no le haga gracia... Ya tuvimos antes bastantes trifulcas... ¡Eso! Lo que me resulta extraño es el olor que arrastra... Una tufarada así... ¿Cómo te lo diré yo...? ¡Como si se le fuera la mano al ponerse naftalina, eso es, cómo no se me habría ocurrido antes...! A veces, refunfuña, dice que siente frío y, entonces, estornuda algo fuerte. Me preocupa por su salud, ¿sabes?, pero yo creo que el estornudo se debe a las espiguillas de menta que yo pongo encima de la cómoda para contrarrestar esa tufarada del otro mundo, porque a la vista está, es olor que viene del otro mundo. De todos modos, es para preocuparse, que, de seguro, le oirán los vecinos y, a esas horas, vete a ver qué demonios piensan...! ¡Las vecindonas están a la que salta...! ¡Un estornudo macho en la alcoba de la Úrsula Pratulina, dolorida viuda formal...! ¡Y a esas horas...! ¡Casi nada! Temo las ocurrencias del vecino ese del piso de encima del mío, ese chiflado que fue catedrático, que le da por coleccionar yerbezuelas y sale, por la noche, hasta la plaza, para ver deshacerse la luna en los chorros del pilar... ¿Tú crees que con esas manías no inventaría algo atroz contra mi honorabilidad...? No me extrañaría nada que ese tipejo-rancio-pensionista tenga algo de culpa en las visitas de mi llorado Agapito...!’ [D6] ‘¡Ay, hijita, claro...! Veo que piensas con gran tino, con mucha serenidad... ¡Hay que tener cuidado con las malas lenguas!’» (págs. 83-85).

4. Aspectos coloquiales

4.1. Aspectos morfológicos

Desde un punto de vista morfológico destaca la enorme cantidad de derivaciones apreciativas que aparecen en el texto. Afectan al tratamiento afectuoso hacia la interlocutora (*Ursulita, mi hijita, hijita...*), como a las referencias negativas hacia los que no están presentes (*vecindonas, tipejo rancio-pensionista, pestorejudo, fachendoso, peinado...*), como a otras realidades que intervienen en el diálogo (*yerbezuelas, coopichuela, espiguillas, tufarada...*). Son mecanismos de intensificación morfológica prototípicos del habla coloquial (cf. A. Briz: 1996: 53).

4.2. *El léxico* suele constituir uno de los aspectos a través de los que los escritores persiguen la verosimilitud de coloquialidad. No es, sin embargo, una dimensión a través de la que consigan su propósito. El éxito en este ámbito exige un profundo conocimiento de la riqueza y de la finura de matices que en el registro coloquial alcanzan los términos de uso. Esta deficiencia se advierte de forma especial en autores urbanos que carecen del tan enriquecedor como imprescindible conocimiento de la vida rural. Zamora Vicente, por profesión y por vocación, atesora un profundo conocimiento del vocabulario popular y dialectal. El cuento está poblado de términos de ese nivel popular que describe: *se plantifica, chirona, zorrerías, tan pancha,*

diñarla, jorobar, trompeto (perdido), calamocano, torniscón, canesú, otro barrio, trifulcas, empingorotadas, pachasco, fachendoso, tufarada, refunfuña.

4.3. Fraseología

Los giros coloquiales suelen constituir una de las marcas esenciales en la caracterización del estilo coloquial en el lenguaje escrito. Las pautas y cánones establecidos por la tradición vedaba el acceso de la abundantísima fraseología popular y coloquial a la escritura. Tan fuerte era la presión que ni siquiera aparece explícita en las correcciones. D. Quijote reprende a Sancho por el uso indebido de términos vulgares, pero rara vez extiende su reproche a los giros coloquiales. Dada esta convención tan poco explícita como universal, la presencia de expresiones fraseológicas conversacionales tiñe el relato o el diálogo escrito de connotaciones de nivel de lengua. Zamora Vicente, conocedor de su efecto estilístico, siembra sus relatos de abundantes coloquialismos fraseológicos. En el relato que nos ocupa hemos anotado los siguientes: *¡Lo que te perdiste!; que te caes de la higuera; Vamos que si impone; se plantifica a medio vestir, o, vete a ver tú, en cueros vivos, en pelota del todo...; ¡Calla, no disparates!; meter en chirona; hay aparecidos y aparecidos, Figúrate tú, yo misma, aquí, donde me ves tan pancha; Bueno, ¿y qué?; Pues aquí estoy erre que erre; bien lo sabe Dios, me importa un pito que vuelva; si es que se empecina en seguir remaneciendo; que no es moco de pavo; Otra cosa no tendría, pero agradecido; El mismo, sí, mujer, mi Agapito Vinagre Seisdedos, mi difunto marido;... y eso que era mayordomo de la cofradía; Pues por moler, ea, por jorobar...*

4.4. Recursos de intensificación

Uno de los caracteres del discurso oral es la frecuencia de los intensificadores. En el coloquio los condicionantes de la atención, la caducidad de la palabra y las limitaciones de la memoria externa hacen que tengamos necesidad de intensificar nuestras afirmaciones, nuestras argumentaciones... para hacerlas más creíbles, convincentes y eficaces.

Existen *intensificadores fónicos* (acentos de insistencia, alargamientos, inflexiones, modulaciones entonativas especiales, suspensiones...). Es en la sintaxis donde la intensificación halla abundancia de recursos. Una de las funciones informativas, el *foco*, y el correspondiente proceso que la genera (la *focalización*) se apoya en la existencia de recursos sintácticos de énfasis: estructuras ecuacionales, construcciones enfáticas del tipo «Lo fuertes que eran», intensificación atributiva (del modelo «El tonto de tu primo»)¹. En el relato de Zamora Vicente encontramos

- Alargamientos: *Agapito no es taan... Tan tantan como tú lo pintas*
- Suspensiones: *¡Y que no disfrutaban de zorrerías ni nada que digamos...!*
- Construcciones con artículo y relativo: *¡Lo que te perdiste!; no veas la que se va a armar.*
- Construcciones «Lo fuertes que eran»: *¡Fachendoso que era...!; Lo que me resulta extraño es el olor que arrastra*
- Justificaciones de énfasis: *que no es moco de pavo.*
- Codas exclamativas de refuerzo y confirmación: *¡El mundo se acaba, a ver si no!'. Ya tuvimos antes bastantes trifulcas... ¡Eso!; ¡Eso debería estar castigado con muchos años de cárcel, eso es...!; ... ¡Impone! Vamos que si impone.*

¹ Cf. A. Narbona 2000: 470. Sobre construcciones sintácticas de énfasis pueden verse nuestros trabajos (Gutiérrez, S.: 1986, 1997).

- Refuerzo irónico: *‘¡Se acabará el otro mundo, y por eso vienen aquí, a pasear por nuestras tierras...!; ¡Estás tú buena!; y eso que era mayordomo de la cofradía; Y que no trae ganas de hablar.*

4.5. Repeticiones

Un recurso de intensificación sumamente abundante en el lenguaje oral son las repeticiones. Su uso en narraciones dialogadas es un mecanismo de intensificación que contribuye a dotar de mayor credibilidad y realismo al relato. Zamora Vicente acude a ellas, las intercala con mucha frecuencia, hecho que deja translucir esa mimesis que subyace al principio de Valdés: «Escribo como hablo»: *¡A barullo, mi hijita, a barullo...!; ¡Un desconsiderado, Damiana, de siempre un desconsiderado!; Pues por moler, ea, por jorobar, ya está; ¡No digas, Úrsula, no digas...!; ¡Impone! Vamos que si impone; Hay aparecidos y aparecidos; ¡Claro, Damiana, claro; Jesús, Jesús.*

4.6. Exclamaciones

Denominamos *mecanismos de modalidad* a los recursos lingüísticos que permiten la presencia del emisor en su mensaje. La entonación es uno de los medios que conforman la modalidad de los enunciados lingüísticos. Su forma marcada son precisamente los enunciados exclamativos. Por medio de ella el hablante marca el énfasis que desea transmitir a su enunciado. Zamora Vicente acude con una enorme frecuencia a los mensajes exclamativos. Veamos sólo algunos ejemplos del relato elegido: *¡Hay apariciones del otro mundo por todas partes!; ¡El mundo se acaba, a ver si no!; ¡Se acabará el otro mundo, y por eso vienen aquí, a pasear por nuestras tierras...!; ¡Como emigrantes de esos que traen los periódicos...!; ¡Ay, Damiana, que te caes de la higuera...!; ¡Apariciones a mí...!; ¡No digas, Úrsula, no digas!; ¡Suponte que vas tan descuidada por el pasillo de tu casa y, de pronto, ahí, parado delante de ti, un espíritu de tamaño natural; ¡Sobre todo si se plantifica a medio vestir, o, vete a ver tú, a lo mejor en cueros vivos, en pelota del todo...!; ¡Calla, no disparates!...; ¡Estás tú buena! ¡Y que no disfrutan de zorrerías ni nada que digamos...!*

4.7. Suspensiones

Una de los rasgos más constantes de la comunicación oral son las suspensiones. Estas se pueden producir por diversos motivos. Zamora Vicente emplea profusamente los puntos suspensivos. No siempre representan las interrupciones momentáneas o definitivas del discurso. Con frecuencia están en lugar de alargamientos, de interrupciones... Veamos algunos valores:

— *vacilación*: el hablante, en general por deficiencias en la actuación, deja en suspenso su mensaje hasta que encuentre la palabra o la expresión apropiada. Se trata de una suspensión interna: *...cómo te lo diré...*

— *suspensión voluntaria*: el hablante juega con el valor expresivo del silencio. Detiene su discurso para atraer la atención de los interlocutores. Es el silencio sonoro que contribuye a llamar la atención. Es el silencio que se hace significativo en oposición a las articulaciones fónicas que se esperan: *Agapito no es taan... Tan tantan.*

— *Suspensión final*: el emisor interrumpe su discurso y deja en suspenso el resto del enunciado, a sabiendas de que su interlocutor será capaz de reconstruirlo. Tales suspensiones se realizan con finalidades pragmáticas. A veces para evitar la referencia a una persona difunta o a

una situación relacionada con la muerte: *¿Agapito, tu...?; ¿Jesús, Jesús, con el camisón blanco, igual que estaba cuando...!*

— *Interrupciones.* En el diálogo se producen continuas interrupciones, como consecuencia de la lucha por el turno, por la palabra: *¡Y a esas horas...!*

— *Alargamientos finales.* A veces los enunciados alargan con fines expresivos su parte final, bien ralentizando las últimas sílabas, bien acompañando el alargamiento de la última sílaba tónica con una mayor descarga de energía. Las posibilidades son múltiples: *¿Como él tiene todo resuelto ya...!; ¡Y que no disfrutan de zorrerías ni nada que digamos...!* A veces se deja en suspenso una interrogación a la que el mismo hablante pretende ofrecer respuesta: *¿Y sabes por qué esa fea precipitación por dañarla...?*

— *Suspensión enfática:* *¡Quita, quita, por Dios...!; ¡No quiero ni pensarlo...!; Al mío, que ni se le ocurra, que, del primer torniscón, le desfantasmático...!; —¡Yo soy una chica decente...!; ¡Hasta ahí podíamos llegar...!*

En la convención ortográfica es frecuente la representación de todos estos tipos de suspensión por medio de puntos suspensivos. Se ha de advertir, pues, que el valor significativo de este signo de puntuación es muy dilatado.

4.8. Referencia a los actores del discurso

En las intervenciones orales del diálogo son frecuentes las intervenciones que implican a los actores y circunstancias del discurso. El oyente es continuo objeto de referencias. No sólo aparece en las formas de segunda persona de los verbos, sino en el uso de expresiones con *función fática* y *función apelativa*. En el relato que hemos tomado como punto de muestra hallamos abundantes ejemplos: *¿Cómo te lo diré yo; que yo pongo encima de la cómoda; ya ves; ¡Quita, quita, por Dios...!; Serás capaz de recibirle; ¡Eres muy capaz de devolverle...; Figúrate que, calamocano, se pierde; vete a ver qué demonios piensan...!; ¡No digas, Úrsula, no digas...!; Ay, Damiana, ¡No digas, Úrsula, no digas...!; o, vete a ver tú,*

El hablante participa también de una manera en la narración. Es natural que las referencias deícticas a la primera persona sean constantes: *¡Apariciones a mí...!; ¡Yo soy una chica decente...!; ¡Yo me encierro en mi casa y ahí te quedas; Al mío; que le hice yo; Mi Agapito*

Las expresiones deícticas en las que la identificación del *denotatum* se realiza mediante gestos son propias del lenguaje coloquial. Sólo el hablante que se halla ante los ojos de su interlocutor puede usar de medios gestuales y cinésicos de señalamiento para ayudarse en la denotación: *con un canesú por aquí, cómo te atreves a hablar así, Una tufarada así...*

4.9. Enunciados en /que/

Son muy frecuentes en el lenguaje coloquial los mensajes que comiezan con la conjunción /que/. Son varios los valores que pueden adquirir en el discurso. A veces suponen la presencia oculta, elíptica, de un *verbum dicendi* que sustenta la oración transpuesta. Esto ocurre con cierta frecuencia en las preguntas indirectas: *Que si tienen un trabajo para mí, Que cuándo le recibes...* Las causales explicativas son enunciados segregados del acto de habla que pretenden justificar. Aparecen como elementos independientes. Encontramos este tipo de mensajes también en interlocuciones directivas (consejos, ruegos, órdenes...): *Que te calles, Que no me molestes...* Zamora Vicente acude con frecuencia a este tipo de secuencias: *Ay, Damiana, que te caes de la higuera...!; Zorrerías y gramática parda, que no es moco de pavo; si es que se empecina en seguir remaneciendo...; eso que era mayordomo de la cofradía; Y que no trae ganas de hablar; Al mío, que ni se le ocurra, que, del primer torniscón, le desfantasmático...!*

Bibliografía

- ALVAR, M. (Dir.), *Introducción a la lingüística española*, Barcelona, Ariel Practicum, 2000.
- BRIZ, A., *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatología*, Barcelona, Ariel Practicum, 2000.
- , «Los conectores pragmáticos en la conversación coloquial (I): su papel argumentativo», *Contextos*, XI,1, 21-22, págs. 145-188, 1993a.
- , «Los conectores pragmáticos en la conversación coloquial (II): su papel metadiscursivo», *Español Actual*, 59, 1993b, págs. 39-56.
- , *El español coloquial: Situación y uso*, Madrid, Arco Libros, 1996.
- ; GÓMEZ MOLINA, J.R.; MARTÍNEZ ALCALDE, M.J. Y GRUPO VAL.ES.CO. (eds.), *Pragmática y gramática del español hablado. El español coloquial*, Zaragoza, Pórtico, 1997.
- ; VAL.ES.CO., *¿Cómo se comenta un texto coloquial?*, Barcelona, Ariel Practicum, 2000.
- BUSTOS, J.J., «De la oralidad a la escritura», en L. Cortés (ed.), *El español coloquial*, 1995, págs. 11-28.
- CASCÓN MARTÍN, E., *Español coloquial. Rasgos, formas y fraseología de la lengua diaria*, Madrid, Edinumen, 1995.
- DUCROT, O., *Decir y no decir. Principios de semántica lingüística*, Barcelona, 1972.
- DUCROT, O. (1986), *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*, Barcelona, Paidós.
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, *Variaciones sobre la atribución*, León, Universidad de León, 1986.
- *Temas, remas, focos, tópicos y comentarios*, Madrid, Arco Libros, 1997.
- GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Textos para el estudio del español coloquial*, 3ª ed. Pamplona, 1967.
- NARBONA, A., *Sintaxis española: nuevos y viejos enfoques*, Barcelona, Ariel, 1989.
- , «Sintaxis coloquial», en M. Alvar (Dir.): *Introducción a la lingüística española*, Barcelona, Ariel, 2000, págs. 463-478.
- , «Sintaxis del español coloquial: algunas cuestiones previas» en A. Briz et al. (1997), 1997, págs. 157-175.
- REYES, G., *La pragmática lingüística*, Barcelona, Montesinos, 1990.
- SALVADOR, G., «La investigación de textos hablados», en *RSEL*, 7,2, 1977, págs. 59-68.
- SECO, M., «La lengua coloquial; «Entre visillos», de Carmen Martín Gaité», en VV.AA. (1973) *El comentario de textos*, Madrid, Ed. Castalia, 1973, págs. 361-379.
- STEEL, B., *A manual of Colloquial Spanish*, Madrid, SGEL, 1976.
- VIGARA TAUSTE, A. M., *Aspectos del español hablado*, Madrid, SGEL, 1980.
- , *Morfosintaxis del español coloquial*, Madrid, Gredos, 1992.